

## Recuerdo al son de la guitarra

Para la Srta. «Meme» Chacón, al conjuro de cuyos dedos no tiene secretos la guitarra.



INDUDABLEMENTE, el gitano artista no se da cuenta de que, cuando hablo, más bien me dirijo a su guitarra...

—Compañerito, a zu zalú...—Apuré de un trago el vaso de Moriles, y me miró a los ojos...—¿Usted no bebe?—, añadió limpiándose los labios con el dorso de la mano... Luego, suavemente, apartó de junto al pecho la guitarra y la cabalgó, enhiesta sobre una pierna... El mástil atabacado, bruñido por el roce de tantos dedos febriles, y la cintura esbelta del instrumento, me recuerdan las gitanas de Romero de Torres, rígida, hierática, con luz de misterio trágico en sus pupilas hondas, encendidas tras la sombra violácea de ojeras inmensas...

Sobre la mesita, en torno a la que nos sentáramos varios amigos al caer la tarde, quedaban botellas, pan, mariscos, relieves de jamón... Nos dejaron solos, al guitarrista y a mí, bajo el emparado del patio moruno, que proyecta sobre ambos un movedido encaje de luna en la calma asfixiante de esta noche de fines de Agosto, perfumada de estrellas, de jazmines y hierbaluisa... Lejos, apremiante y desgarrado, sonaba el bramido de las enormes locomotoras modernas en la estación vecina...

El gitano con esta familiaridad melancólica que ahora nos une— que él atribuye al vino, y no es sino el embrujo doloroso de la guitarra—, se esfuerza por animarme... —¡Pero, usted no bebe, zeñó!

Llené dos cañas. Le ofrecí una, y yo apenas posé los labios sobre el borde de la mía.

—¡Grasial!... Embrazó de nuevo la guitarra y se quedó mirándome: —Unos «tiento»?... O zi no, unoz «delirio»...

—¿Qué son «delirios»?

—Una cosa nuestra, de lo gitano na más... Naide lo pué tocá como nozotro.

—Lo que quieras, amigo...

Bajo el emparado despide centelleos de luna la guitarra. Se abandona, rendida, en los brazos del artista, que abate sobre ella su rostro, cual si quisiera besarla.

—¡Va por usted, compañerito e mi arma!

Primero, como arrebatado de un furor de venganza o de celos, araña las cuerdas con uñas rapaces... Gritaba la «prima» saltando enloquecida, como las bellas esclavas del desierto, amadas del «jeque», bajo el látigo de su dueño, mientras se tambaléa «el bordón» rimando sordamente la queja lastimera. Luego, la caricia tierna y apasionada de las blandas llemas de los dedos sobre las cuerdas centrales va fundiendo el lamento en tibias lágrimas de un amor resignado y humilde...

Yo, en tanto miro la guitarra, alucinado... Su vibración me chisporrotea angustiosamente en el cerebro y remueve en la conciencia posos dormidos, reaviva el fantasma de «otra guitarra», difuminada apenas en la lejanía incoercible del recuerdo.

Al gitano no se le escapa esta emoción mía y, bruscamente, interrumpe su «tocata»; la mano en alto con los dedos todavía engarfiados, trémulos de inspiración... Se me encaró, solemne:

—Usted, zeñó, no pué negame que vive afligido de una pena mu grande... ¿Qué me va usted a desí?... De ezo de «peniya» y «esaborisione» en la vía zé yo un rato largo.

Para atenuar una situación que se hacía francamente ridícula ensayé un gesto alegre y despreocupado que, por lo forzado y falso, resultaba una triste payasada... Llené hasta los bordes dos grandes vasos...

—Vamos a beber, amigo.

Tendió el gitano sobre sus rodillas la guitarra— que suspiró toda ella, madera y cuerdas, en un crujido sonoro—y, manteniendo a la altura del corazón el vaso que le ofrecí, me miraba ahincadamente, tercamente:

—Bueno...; pero usted no pué desí que no é verdá lo que he dicho.

Me oprime un ansia de confidencias en una oleada de absurda congoja, que no es sólo la pesadez insoportable de esta noche de Agosto, sino el influjo de algo desconocido que se cerniese sobre nosotros. Se diría el vuelo blando, silencioso e incierto de un ave nocturna, ciega y enorme... Arrastré mi silla hasta quedar lado a lado con la del gitano:

—Compañero... ¿tú no conociste en Córdoba a un señor que se llamaba? (Aquí un nombre).

Hizo el gitano un gran esfuerzo de concentración y, con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¡Ya está..!

—¿Cómo «ya está»...?

—¡Que zí, zeñó!... Que me paese a mí que lo he conosío... Un hombre simpático y mu «corriente», mejorando a usted... No vivía él, cazualmente, en la caye Gondomar?... ¿Y no era él banquero, o coza azí?...

—No tanto, amigo—rectifiqué riendo—, corredor de comercio, nada más... Gran cazador—continué—y, sobre todo, un asombroso artista de la guitarra... como tú.

—¡Home...! ¿Qué me dise usted?

—Lo que oyes... Me puso en contacto con este señor una tía que era también mi madrina; la mujer que más me ha querido en este mundo, después de mi madre...

—Zí, zeñó; lo mizmito m'a ocurrió a mí... ¿Usté no zabe quiéne mi madrina?

—¿Quién...?

—La Paztora Imperio, ni má ni meno...

—¡Hombre!... Te felicito.

—Zí, zeñó... Pa que usté z'entere, yo no nasí en Córdoba, zino en Zeviya...; a la verita mizmo e la caza e la seña Grabiela...; en l'alaméa d'Hércule...; zí, zeñó... Má de cuatro vese, zí n'hubía zío por mi madrina...

—Bueno —le atajé—; déjame seguir... Durante una corta permanencia en Córdoba mi madrina me introdujo en la familia de este señor, que era su apoderado y le administraba el modesto peculio que ella tenía en uno de los Bancos de la ciudad. Una antigua y fraterna amistad unía a la esposa de aquél con mi madrina, y bien puede decirse que ella, mi madrina, les ayudó a criar a la hija única del matrimonio; espigado y frágil capullo de mujer; apenas quince años, blanca y rubia, con unos ojos garzos de pestañas larguísimas, siempre velados por una dorada niebla de ensueño... Era alumna del Santo Ángel y poseía una sólida y extensa cultura... Cuando hablaba francés, y lo hablaba deliciosamente, me recordaba sin saber cómo, a Santa Teresita del Niño Jesús, la dulce santita francesa de aquellos días, tan amada del gran papa Pío once...

Tomé un sorbo de mi vaso, casi intacto. Ofrecí un cigarrillo a mi compañero y yo encendí otro:

—Una verdadera artista —continué—; por educación y temperamento. Dominaba el piano y hacía maravillas con su guitarra, regalo de su padre; valioso instrumento que ella mimaba, igual que, cuando niña, mimaría a su muñeca predilecta...

—Bueno —interrumpe el gitano, sonriendo con cierta malicia—; pero tocaría na má «po lo fino», como eze que le yaman Zegobia y otro zeñorito que tengo oído en er teatro, un suponé...

—Nada de eso, amigo... En aquellas pocas e inolvidables veladas de invierno a que yo asistí en su casa, se hacía toda clase de música. Se tocaba y se cantaba, fijate bien, se «cantaba» flamenco de la más auténtica solera, cante «jondo», de ése de los buenos tiempos de Centeno y la Niña de los Peines...

Me asaltó entonces un recuerdo que ha dejado en mí huella imborrable:

—Una de esas noches me hicieron cantar un val francés muy en boga; «Quand l'amour meurt»; de Cremieux... Es algo cargado de nostalgia y de romanticismo... Ella me acompañaba con su guitarra... Tú, aunque gran artista, eres muy joven, y tal vez no conoces todavía de lo que es capaz la guitarra. La guitarra tiene alma, amigo mío; un alma que adivina, que encuentra siempre el acorde justo y emocionado para cada matiz del sentimiento, lo mismo popular que cortesano... Tú has estado en Francia; triunfaste allí con tu arte

«calé», con la eterna «españolade», es cierto... Pues bien; si los franceses que tanto te aplaudieron entonces en las alturas de Montmartre, en los «cabarets» de Montparnasse y en el *Moulin Rouge* supiesen cómo suena la guitarra ejecutando «su propia música», arrojarían al Sena todos sus estridentes e histéricos acordeones...

—¡Ahí está; zí zeñó!...; ha hablao usté como un libro —dice el gitano, un poco aburrido con mi extemporánea perorata...—Y, en rezumía cuenta, ¿ze pue zabe en que queó er cante de usté y la niña eza de la guitarra?

—Tienes razón —asentí riendo—; sin querer, he perdido los estribos; perdona, amigo; es el maleficio de esta noche de Agosto... Pues bien, —proseguí—; el *vals* termina con esta frase, que tú entenderás perfectamente, porque «chanelas» el francés: —«alors en reste au d'la toute chose —le coeur meurtri, les yeux remplis de pleurs»... Y todavía flotaba en la estancia el eco del último acorde, cuando penetra en ella un muchachito de unos catorce años cenceño, elástico, de rostro moreno y alargado, con unos ojos enormes en cuyo fondo negro lucía una llamita de rara tristeza... Mi joven amiga, la «niña blanca y rubia de la guitarra», como tú dices, se adelantó a presentármelo: «mi primo Manolito»... Dejé a un lado la guitarra y le hizo sitio junto a sí... El le hablaba envolviéndola en una mirada que era cariño y admiración respetuosa, al mismo tiempo... Cuando se despidió me explicaron que su madre, a la que quería con delirio, era dos veces viuda de toreros. Su último marido dejó a la pobre señora y a sus hijos de cara al sombrío fantasma de un porvenir incierto y el muchachito, inteligente para su edad, vivía absorto en temerarios sueños de grandeza que fuesen una aurora de dicha para su madre y hermanos.

Quedamos sumidos en un silencio largo, cansado, angustioso. El gitano me estimulaba de nuevo a que bebiese.

—Dos años más tarde —continué, sin hacerle caso— volví a Córdoba... Entre sollozos me lo contaron: La niña blanca y rubia de la guitarra, que como te dije, siempre me recordaba a Santa Teresita del Niño Jesús, una noche de Jueves Santo reposaba en su camita impoluta de virgen. De pronto, igual que la dulce monja del Carmelo de Lisieux en otra noche de Jueves Santo, sintió ahogarse una oleada ardiente que le subía del pecho y le desbordó entre sus labios... La almohada quedó florecida de pequeñas rosas de sangre...

—¡Láztima e criatura! —suspiró el gitano...

—Y una tarde de mayo, ebria de luz, de gorjeos y de aromas, atravesaba las calles de la ciudad una triste comitiva... Tras la carroza fúnebre, toda blanca, arrastrada por caballos blancos portando el arcón blanco y azul de pobre niña, cubierto de flores, marchaba en la presidencia del duelo, se arrastraba más bien, transido de pena, un jovencito cuyos ojos enormes, arrasados en lágrimas silenciosas, parecían querer taladrar el blanco arcón que encerraba el cuerpo exangüe de la niña difunta... Era su «primo Manolito». Manuel Rodríguez...

Otro silencio enervante, que rompe el gitano artista:

—¿Ha dicho usted Manué Rodríguez..?—Hizo una pausa—...¿No se yamaba «Manolete» Manué Rodríguez?...

—¡Claro!—respondí, reprimiendo un sollozo—; como que era él mismo...

Quedamos mirándonos frente a frente; los ojos muy abiertos, los labios trémulos; como dos desconocidos...

—Dígame usted, compañerito..., cuando murió «Manolete», en er me de Agosto, tar día como hoy..., ¿no escribió usted uno verzos mu sentio que lo leían en er «Clú» y en muchízima reunione de afisionao?...

—Creo que sí—contesté distraídamente.

—¿Y no podría usted resitarlo ahora, ya que lo hemos mentác, al probe..?—Y me posó ambas manos sobre los hombros en un gesto de súplica.

—Bueno—accedí—; pero a condición de que tienes que acompa- ñarme con la guitarra.

Bajo el emparrado, en la calma asfixiante de esta noche de fines de Agosto, sólo queda la claridad fugitiva de las estrellas y un fuerte aroma de jazmines y hierbaluisa...

—¿Amo ayá, compañerito...?—dice el gitano, después de tantear algunos motivos en su guitarra.

—¡Manuel Rodríguez, Manuel!

No se acabó tu nombre con tus empresas...

Lo prolonga el tañido de unas campanas;  
y es suspiro en los labios de las duquesas,  
y es lamento en las bocas de las gitanas.

Fuiste asombrosa crónica; después historia;  
hoy lírica, mito, romance, gesta,

Ningún «vencido» supo dejar enhiesta,  
como tú, la bandera de su «victoria».

Del valor y del arte diste la tónica  
con tu escalofriante «manoletina»;  
y en las ondulaciones de una verónica  
ponías toda la airosa gracia latina

Sañador y profeta de un arte humano,  
de ritmo exacto y limpio, tu genio apura  
la agria verdad que encierra la brega dura  
del hombre con la bestia en el ruedo hispano.

Roja llama de seda y fulgor de acero

en tu mano eran «magia», lección ingente,  
que enseñó a matar toros con el señero  
gesto con que tú mueres tan bellamente.

¡Manuel Rodríguez, Manuel!

¡«Manolete»...!

No se acabó tu nombre con tus empresas...  
Perdura en el tañido de las campanas;  
y es nostalgia en los ojos de las duquesas,  
y es suspiro en los labios de las gitanas.

Lejos seguían bramando las enormes locomotoras modernas en  
la estación vecina.

ELOV SORIANO. Pbro.

## TRES ESCRITORES EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio), por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES  
LIBRERIAS DE CACERES